

John MERRIMAN: *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2017, 407 pp., ISBN: 978-84-323-1853-5.

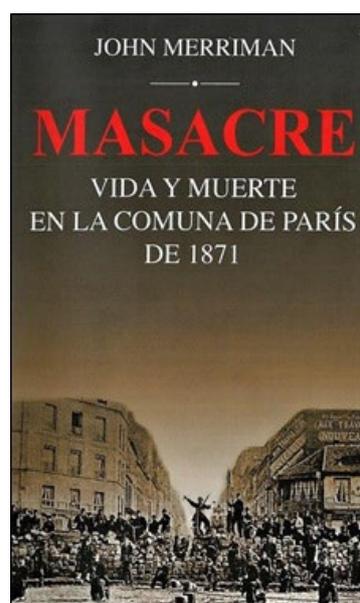
Daniel Aquillué Domínguez

Revolución republicana del siglo XIX, violencia de estado del siglo XX: París, 1871

En el año 2021 se han cumplido 150 años de la Comuna de París. A su albur han proliferado nuevas obras y reediciones de otras. En Francia se ha publicado la que parece se ha convertido en la gran obra de la efeméride, coordinada por Michel Cordillot: *La Commune de Paris 1871: Les acteurs, l'événement, les lieux* (Editions de l'Atelier, 2021). Quedamos a la espera de que alguna editorial se anime su traducción.

Por su parte, el libro de John Merriman, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, se publicó originalmente en 2014, pero en español se editó en 2017. Toda nueva aportación al conocimiento de los acontecimientos de 1871 es bienvenida, ya que hasta hacía no mucho se contaban con pocas obras en español sobre el tema. Precisamente, hace ya unos años, en 2015, reseñé un libro que ofrecía una buena síntesis a quien desconociera la revolución comunera de 1871. Se trataba del libro de Roberto Ceamanos *La Comuna de París (1871)* (La Catarata, 2014). Reeditado en el año del 150 aniversario, ese libro sigue siendo un primer acercamiento, ofreciendo contexto, sucesos y memorias.¹ En cambio, esta obra de Merriman es distinta. Su eje es la violencia social y política desatada contra la Comuna de París, su estilo es más narrativo, ofrece una lectura fluida y trepidante. Se pueden perder algunos análisis, pero sin duda atrae y atrapa al lector. *Masacre* te sumerge de lleno en el París de 1871, en sus protagonistas, en sus calles, en las barricadas, en los registros de las casas, en los caminos embarrados a Versalles, en las fosas en las que caen los cuerpos de los fusilados.

Merriman muestra, sin ambages, lo que supuso la Comuna y el triste final de sus participantes, los comuneros. Para ello, en la narrativa se sirve de distintos actores que muestran distintas actitudes políticas. Así, seguimos los pasos de Raoul Rigault, conocido opositor al régimen imperial bonapartista, periodista, radical blanquista que acabó



¹ *Vínculos de Historia*, 4, (2015), pp. 452-454.

dirigiendo la Prefectura de Policía y fue fusilado en la Semana Sangrienta. Por otro lado, el Voluntario del Sena Albert Hans, quien entró con las tropas versallesas, y describió lo que vio, participando en la represión de la Comuna y, a la vez, se horrorizó por los niveles a los que esta llegó.

Las mujeres también tuvieron un papel destacadísimo, más allá de la conocida Louise Michel. Así, Merriman nos presenta a Élisabeth Dmitrieff, rusa de 21 años, representante de la Internacional, secretaria general de la *Union des Femmes*, con traje negro, sombrero emplumado y chal de seda rojo. Y este punto no es baladí. La vestimenta tenía su simbolismo social y político. El líder comunero Charles Delescluze vestía levita, botas, sombrero de copa y faja roja. Y así murió en las barricadas. El rojo fue el color revolucionario, el color de la Comuna. Una prenda de ese color, un atuendo de obrero, unas manos encallecidas por el trabajo, un acento extranjero o vulgar podían identificar a alguien como comunero y, por tanto, a ojos de los versalleses, como alguien a quien fusilar.

Son muchos más los protagonistas de la Comuna, en la que los lazos vecinales y sociales fueron fundamentales en la acción colectiva, aunque descoordinada. Merriman nos hace ver la Comuna desde los ojos de Eduard Moreau, blanquista parisino de 27 años que pasó de confeccionista de flores artificiales a presidente del Comité, o desde el punto de vista del general polaco Dombrowski quien fue asesinado por los versalleses tras hacer la barricada de la calle Myrha. También desde el bando anticomunero llegan voces, como la del soldado Julien Poirier, quien describe cómo varios de sus compañeros lincharon hasta a la muerte a una mujer que entró en una casa con una bandera roja. Todos estos relatos a ras de suelo, desde las casas, calles, barricadas de París conforman el relato de Merriman sobre la Comuna, un relato atravesado por un eje: el de la violencia brutal.

Aunque todo había comenzado mucho antes. Los revolucionarios y los reaccionarios tenían las experiencias de la insurrección de junio de 1848, o la de 1851 que se opuso al golpe bonapartista. En los años del II Imperio, Haussmann había arrasado 20.000 edificios parisinos para crear una nueva capital acorde a las clases dominantes, pero aquello ahondó más en la fractura social, en las desigualdades, en una geografía urbana que hacía de París dos mundos antagónicos. Eso sí, las grandes vías abiertas por Haussmann tuvieron un gran éxito en el combate contrarrevolucionario: las barricadas quedaron obsoletas como estrategia militar. En el oeste burgués, de grandes avenidas, apenas pudo haber resistencia comunera. Otra cosa fue en los distritos más populares, como Belleville. Sin embargo, las barricadas ya no servían militarmente. El ejército de Versalles no las atacaba frontalmente como esperaban sus defensores comuneros, sino que se limitaba a flanquearlas, tomando los edificios colindantes y disparando desde ellos.

Antes de llegar a esa lucha en las barricadas durante la Semana Sangrienta, hubo revolución, intentos negociadores, rupturas de las reglas de la guerra. Merriman deja patente la sorpresa del triunfo insurreccional del 18 de marzo, la descoordinación de la Comuna, el Comité de la Guardia Nacional y el posterior Comité de Salud Pública. Y eso se vio patente en la caótica e improvisada defensa de París. Los comuneros apenas usaron toda la artillería que tenían en su poder, mientras Thiers ordenaban bombardear implacablemente la ciudad, causando más daños los cañones versalleses que los prusianos en el asedio anterior. Si la gestión municipal de París por parte de la Comuna fue buena, si en sus medidas políticas acabaron con las medidas antisociales de la Asamblea Nacional, en el plano militar fue un completo desastre. Un caos. Los guardias nacionales prefirieron defender sus barrios, no acataban fácilmente órdenes, no se usaron todos los medios posibles de defensa. Y no lograron reunir y coordinar a más de 17.000 combatientes en defensa de la Comuna. Por otro lado, la perfecta reorganización del Ejército de Versalles, 130.000 soldados, con la ayuda de Alemania, la intensísima labor de propaganda, el sistemático bombardeo y la represión sistemática y planificada que se convirtió en una auténtica masacre, como dice el título del libro. Porque masacre, matanza y carnicería definen al final de la Comuna.

Los intentos negociadores de la Comuna con el Gobierno de Versalles cayeron en oídos sordos, los de Thiers y Mac Mahon. Conceder alcaldía a París (que no la tenía desde 1794 y no la volvería a tener hasta 1977), la moratoria en los desahucios y en los préstamos y mantener a la Guardia Nacional posiblemente habrían bastado para mantener la paz social y evitar la guerra civil. Pero no fue así. Es más, desde el gobierno de Versalles y la Asamblea Nacional se procedió a la estigmatización social del París comunero, al que había que purificar con un baño de sangre. El 2 de abril ya lo dejaron claro fusilando a los comandantes comuneros Emile Duval y Gustave Flourens, sin reconocerles como prisioneros de guerra según la reciente Convención de Ginebra. En represalia, los comuneros capturaron rehenes, el más famoso el arzobispo de París, que quisieron canjear. Thiers se negó. Estos rehenes, unas decenas, fueron fusilados en los últimos días de la Comuna, cuando ya estaba clara la política de terror de estado que aplicó Thiers.

Una cuestión curiosa y que aprovecho para señalar, es que ese intento negociador de la Comuna en sus inicios, con sus exposiciones y cartas, no deja de recordarme a los distintos movimientos junteros revolucionarios que se habían dado en el país vecino a Francia, al sur de los Pirineos, España, y que muchas veces cerraron el conflicto político con un acuerdo. En la Francia de 1871 aquello fue imposible por la intransigencia de Thiers y de una parte de la población que destilaba odio a la revolución y a París. Esa gente que gritaba “¡Matadlos, despedazadlos, sin piedad, hijos míos!” a los soldados de Versalles que reprimían a los comuneros (p. 256). Su objetivo era aplastar a París y, más concretamente, al París de las clases populares, artesano y obrero, contestatario, al que vio como la parte enferma de la nación francesa que debía extirpar con todas sus fuerzas.

Queda patente que aquello fue guerra civil francesa con todas las letras, por mucho que Thiers y los versalleses negasen cualquier tipo de legitimidad e incluso la nacionalidad y la humanidad a los comuneros. No se había visto nada igual en Europa. Cuantitativamente fue la violencia más brutal acontecida en Europa occidental en esa época. Tanto odio... Un odio de clase, un odio a París, un odio racista y colonial, un odio de género a esas mujeres tenidas por petroleras y, lo peor, un odio a las apariencias yacentos obreros, a su cultura, un odio deshumanizador y animalizador. Los comuneros no fueron vistos ni como personas sino como fieras salvajes a las que exterminar. En masa. Y así lo hicieron. Primero con las bombas lanzadas por la artillería versallesa sobre París, después a tiros y bayonetazos en los combates, por último en ejecuciones *in situ*, masivas. Y a eso se sumaron las denuncias y consejos de guerra, la prisión, la deportación, el exilio. Un odio demofóbico que deja claro Merriman a lo largo de toda su obra y que recuerda a lo escrito por Enzo Traverso en su *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)* (2009), o a lo estudiado por Pablo Gómez Nogales en su tesis doctoral *Bajo el yugo de los Bárbaros: el discurso contrarrevolucionario durante la guerra civil española* (Universidad de Zaragoza, 2016). El gobierno de Versalles, encabezado por Thiers, desplegó un terror frío, metódico y desde arriba. Un terror de Estado, del naciente nuevo estado francés, en el que las clases altas civiles y militares aplastaron a sus conciudadanos.

La guerra civil, totalmente desigual en fuerzas y violencias desplegadas, la ganó la reacción y se estableció la III República Francesa tras un baño de sangre. Una república conservadora y autoritaria que solo en 1880 empezó a liberalizarse. Las cifras, controvertidas, de en torno a 17.000 fusilados en la Semana Sangrienta son estremecedoras. Cuantitativa y cualitativamente no tienen parangón en la Europa decimonónica.

El libro de Merriman es, ante todo, una narración de la violencia, que detalla y explica. Entre la vorágine de los acontecimientos y personajes de 1871 inserta las claves de la obra y el periodo: la cuestión social, el recuerdo de junio de 1848, los desastres sociales de la haussmanización de París, el vuelco de la guerra franco-prusiana con un París resistente, el darwinismo social, la propaganda, el sueño comunero, el odio y guerra de clase, el terror de estado. Finalizo con las propias palabras de John Merriman: «Si la Comuna de París de 1871 puede ser vista como la última de las revoluciones del siglo XIX, la sistemática represión estatal asesina que la siguió ayudó a desatar los demonios del siglo XX» (p. 378)